

Más acá del Bien y del Mal

El espejo cubano de la posmodernidad

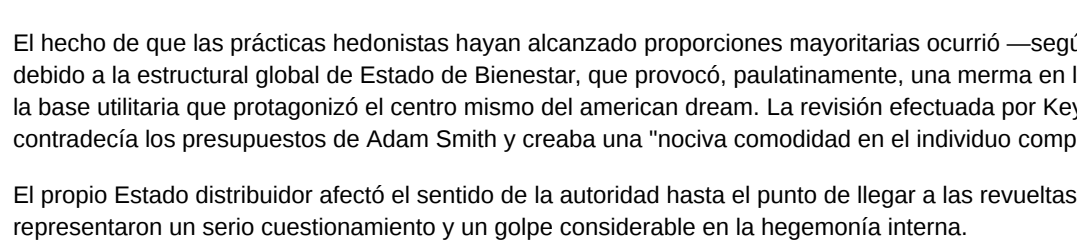
IVÁN DE LA NUEZ

I. La pléyera de performances y la reivindicación de los márgenes; los desbordamientos institucionales y las nuevas conductas comunicativas; la apoteosis urbana y la psicosis cubana; las lecturas de Lyotard y los graffiti frente al ilustre cemenitero de Colón; el destape religioso y la salvación del socialismo; la cultura alternativa y la movilización infinita; el conceptualismo y el kitsch; el teatro extraverbal y la retórica multiplicada; el Paso de los Vientos y el aislamiento creciente; la insularidad pobre y el fractalismo no supremo; el machismo rampante y la legión homosexual de La Rampa; el silencio y el escándalo; la Nueva Trova y los tejidos de potencia educativa y política; el desmoronamiento de los 60; de la reproducción burocrática del proyecto social de Miami. De los recién estrenados yujos a los macluros yucas (*Young Ubuntu Cuban Americans*). Del Máximo Leader al Máximo Dealer. De la Fundación Peter Ludwig a la Fundación Cubano Americana. De la computación a los orishas. Entre el bien y el mal y más acá de toda pureza inventada, Cuba exhibe elementos persistentes, propicios para que podamos hablar de una peculiar situación frente a la posmodernidad occidental.

Tal situación no es concebible sólo en el arte, cierta filosofía o en las élites intelectuales. Posee una dimensión cotidiana que la misma fuerza de la costumbre ha logrado “disolver” hasta hacerla apenas perceptible. Por paradójico que resulte, en la relación de Cuba con la posmodernidad es de considerable magnitud una vinculación oficial. Un intercambio de “alta política”, y en particular, de alta política en las relaciones internacionales. Esta afirmación puede parecer extravagante, pero no lo es tanto si abrimos algo nuestras líneas de análisis.

Ha sido un consenso del pensamiento contemporáneo suscribir como posmodernas a aquellas sociedades que han arribado a la “edad llamada postindustrial” y a sus respectivos culturas.¹ Asumida esta convención, convenida investigar en la histórica y tensa relación de Cuba con la primera sociedad que alcanzó semejante estado. Me refiero a los Estados Unidos y a la confrontación operada desde el pensamiento oficial insular contra las tesis neocONSERVADORAS, legitimadas (también oficialmente) en el poderoso “vecino de enfrente”. El contrapunto entre la Nueva Izquierda y la Nueva Derecha y su singular encuentro en el campo sinuoso de la ética.

Ha llamado a esta relación *el juego de los espejos*. Intentaré exponer por qué. Tras las dos últimas décadas, y en medio de una significativa inversión en su escala de valores, la sociedad estadounidense por su parte los años 80 hizo conciencia extendida de la crisis de “su” modernidad. Dicha crisis se había tornado desestabilizador a partir de los años 60, época en la cual las desviaciones modernas y posmodernas irrumpieron profundamente en toda la vida nacional.



Para Daniel Bell, las exageraciones de la modernidad cultural ocasionaron una ruptura en la tradición norteamericana y trastocaron los comportamientos que habían proyectado los fundadores de la nación. Semejante inversión histórica contraerá algún dieciochesmo emblemático: vicios privados, virtudes públicas. La sociedad norteamericana se había desviado sospechosamente en los últimos tiempos y los daños de la vida cultural se habían diluido en todas las esferas de la sociedad, incluida la política. En una era de los vicios se habían vuelto públicos, y las virtudes —acoraladas ante la expansión del modo de vida cultural— privadas.

El hecho de que las prácticas hedonistas hayan alcanzado proporciones mayoritarias ocurrió —según los neocONSERVADORES— debido a la estructural global de Estado de Bienestar, que provocó, paulatinamente, una merma en la capacidad competitiva y la base utilitaria que protagonizó el centro mismo del american dream. La revisión efectuada por Keynes a la economía clásica contrastada los presupuestos de Adam Smith y creaba una “nueva comodidad en el individuo competitivo”.

El propio Estado desbordador afectó el sentido de la autoridad hasta el punto de llegar a las revueltas de los años 60-70, que representaron un serio cuestionamiento y un golpe considerable en la hegemonía interna.

¿Como responder a aquella crisis, cuyos discursos desviaban a la sociedad del proyecto original que el May Flower había desembarcado en las costas de Norteamérica? Los neocONSERVADORES observaron, no sin agudeza, que la crisis de su modernidad (o de la imagen que tenían de su modernidad) no respondió exclusivamente a la irrupción de las neos y transvanguardias de las tres últimas décadas. No se trataba únicamente —aunque tales acontecimientos incidieron con una magnitud no desdeñable— de los efectos producidos por la contracultura, el pop-art, la aventura arquitectónica de Robert Venturi, el movimiento hippie, el rock, el punk o la cuerda que conduce desde Bob Dylan hasta el rap, pasando por Laurie Anderson. Estos fenómenos, como se ha comprobado, podían asumirse y recluirse dentro de los mecanismos del aparato cultural.

La situación tenía su raíz en la crisis hegemónica de Estados Unidos en esos años: el auge del movimiento guerrillero, el fracaso en Viet Nam, el quebrantamiento de las relaciones de dominación interna frente a una creciente marginalidad o la activación del movimiento racial, entre otros. Por supuesto (y en el principio cronológico de todo), también la revolución cubana. Frente a estas situaciones la postulación por parte de Milton Friedman y la Escuela de Chicago de la muerte teórica de Keynes fue poco comparada con la muerte física y definitiva de John F. Kennedy y Martin Luther King.

La agenda propuesta por Bell, Kirpatrick, Steinfeld, Novak, Showell, *his think tanks* neocONSERVADORES y otros autores del moderate por *Facetas* o *New Criterion*, aportó éxitos considerables en la preparación y legitimación de la política oficial. Antes del 68, el capitalismo se disfrazaba de mil modos. Hoy es exhibido con un cinismo incorregible. Peter Steinfeld no está preocupado por un fracaso inminente del sistema, sino por su “éxito avasallador”.²

Las rebeliones en los años 60 colocaron al proyecto histórico de los Estados Unidos ante la duda sobre el destino de la nación. El neocONSERVADURISMO, ya en los 80, no dudaba. Había encontrado la llave maestra para hacer de su programa una estrategia tocada por el infinito. Para ello reconstruyó una incisiva genealogía de la tradición conservadora y de sus respectivos paradigmas. Se volvía a Smith, a Carlyle, al New Deal y a los años dorados de Filadelfia. Se apelaba a cambios graduales y matizados. Se reconocía e invocaba el lugar perdido de las élites. Se auscultaba, en fin, la conservación y purificación de un sistema que se equipara a la eternidad.

Reagan confirmó que el liderazgo es imprescindible para la articulación de la nación. Friedman consignó que la competencia y la maximización de las utilidades del mercado son insuperables. Bell argumentó que el comportamiento desfasado y asimétrico entre política, cultura y economía (vicio enorme de la “modernidad descarrilada”) había conducido a una crisis cuya solución se encontraba en el retorno al proyecto que una vez ofreció el arsenal ético de la religión protestante.

Este último autor, “el más brillante de los conservadores americanos”³ comprende de un modo singularmente preciso las fragmentaciones entre las esferas de la vida social. Esferas que encierran lógicas diferentes cuyos respectivos caminos y confrontaciones han desembocado en lo que Bell denominó “la América instable”. En *Las contradicciones culturales del capitalismo* Daniel Bell argumenta que los tres ámbitos rectores de la sociedad (la economía, el orden político y la cultura) “se rigen por principios axiales contrarios: la economía por la eficiencia, el orden político por la igualdad y la cultura por la autorrealización (o la autogratificación)”.⁴ Y afirma seguidamente: “Las disyunciones resultantes (de estos tres ámbitos) han notado las tensiones y los conflictos sociales de la sociedad occidental en los últimos 150 años.”⁵

La irreconciliabilidad de estos campos es nociva para la base moral del trabajo, la utilidad económica y las instituciones políticas, dotadas de una base racional contrapuesta a las tendencias hedonistas de la vida cultural. La religión, piensa Bell, puede habilitarnos para encontrar los puntos de conciliación a estos desajustes, porque acude a un tipo de conciencia del pasado, a una específica situación de humildad presente y a una comunión en la futura. La religión, además, abasteca de un presupuesto normativo en cuya raíz podemos encontrar los “principios fundamentales de la conducta humana”.⁶

La compensación, a partir de la religión, de las tres esferas revisadas anteriormente procuraba alcanzar un respeto hacia la institución de la cultura y una opción autoritaria. Estas instrumentaciones se han conocido, por cierto, en la cultura norteamericana durante los años posteriores al libro de Bell. Los años 80 y parte de los 90, época de la “revolución neocONSERVADORA”, así lo atestiguan. En sentido general, cualquier dirección que hayan tomado las proposiciones neocONSERVADORAS, inicialmente coinciden en el amordazamiento de las rupturas culturales y en la occlusión a los escapes posibles de la cultura alternativa. El mismo Habermas había observado que estas obras “recomiendan una política de apaciguamiento de la modernidad cultural”.⁷

Las tendencias anteriores añoraban —y añoran— un centro desde el cual restaurar la primacía de una cultura imperial (“Washington?”, “New York?”) —centro que consideran perdido y digno de ser recuperado. Un centro (cuya inexistencia es cuestionable) que en sus prácticas locales —América Latina, por ejemplo— exhibe una historia continua desde los años lejanos de la Doctrina Monroe. En ese centro estamos sumergidos —por oposición, pero sumergidos— los cubanos. Alrededor de él hemos rotado con nuestro antagonismo perpetuo. En su circuito pericoronados condenados a vivir en un antiproyecto, con una condición de negación y dependencia. En las fronteras de un desvelo reconocido por pensadores lúcidos y agudos como J. Edgar. En el núcleo mismo —y no en la periferia— de una de las terquedades más constantes de la era tecnológica: en un juego de reflejos donde la reacción de uno prepara la radicalidad del otro.

Reencuentro el proyecto original de la cultura cubana y destacar los puntos de continuidad con las mejores tradiciones (léase antimperialistas) de la misma. He aquí, entre otros, los elementos seleccionados por los discursos hegemónicos para poblar el paquete de la identidad nacional. Cuerpos que configuraron blancos móviles desplazados por la otra parte del espejo, en la imagen insular de esta confrontación.

Desde el pensamiento oficial cubano, las normas de compensación para las distintas esferas de la sociedad también han sido atendidas con vastedad.⁸ Pero esta reflexión, si bien hegemónica, no ha sido homogénea.

Desde hace tres décadas tal comovisión —al menos en sus facciones dominantes— ha sido construida sobre la base de distinguibles antinomias. Una referencia libreasca, inevitable por cierto, la constituyen dos obras que aparecen como precursoras en el pensamiento social de la revolución cubana: Cuba en el tránsito al socialismo, de Carlos Rafael Rodríguez, y El socialismo y el hombre en Cuba, de Che Guevara.

Ambas marcan dos tendencias perfectamente identificables y tienen una buena cantidad de seguidores. Ninguno ha superado a sus precedidas y desafortunadamente retoman una y otra vez a sus paradigmas con escasa conciencia crítica. Estas corrientes, legítimas y deslegitimadas a veces, con sus virtudes y contrariedades, alimentaron durante la primera década de la revolución la política de la cultura alternativa. En los años 80 —aunque medida por varias razones, entre ellas el transcurso del tiempo— gravitaba en las distintas formaciones del saber (ya que no del sabor) cubano.

En el primer caso, se sostiene una deuda intelectual con el marxismo más tradicional y se siguen puntualmente los análisis derivados de las determinaciones de los pares categoriales; en especial, el par fuerzas/productos-relaciones de producción. Se nos aporta, desde esta tradición, una noción menos radical acerca de los resortes económicos, la rentabilidad, la utilización del mercado y las relaciones de fuerza. Esta tradición ha explicado a la sociedad cubana como un juego de regularidades y especificidades en comparación con el sistema socialista, ya desaparecido. En la medida que se fortaleció la inserción del pensamiento teórico (sobre todo en los años 70), las especificidades se diluyeron en las regularidades. Se produjo así una desmoronación del proceso histórico cubano tras las necesidades de amoldarlo al esquema conocido.

Los seguidores de Che Guevara se plantearon las cosas de diferente manera. Como casi todo el pensamiento de la Nueva Izquierda, esta corriente le otorgó sobrealmente magnitud a la conciencia y la ética como dispositivo dinámico desde los cuales construir la nueva sociedad. Sus puntos referenciales eran diversos, pero todos —así como las interpretaciones de éstos— navegaban hacia un puerto de radicalidad. Se buscaba la subversión, a escala total, de la sociedad a partir de los valores y del “motor conciencia”. Desde este punto se esperaron todos los cambios y liberaciones posteriores.⁹ Estos pensadores cubanos establecieron puentes con el pensamiento occidental de los años 60, así como con el mundo latinoamericano y del Tercer Mundo en general. Se atendía con avidez a las obras clásicas del marxismo y eran rechazados los manuales y la producción neostalinista de la teoría soviética. Este universo teórico, electivo como todos, asumía desde Fannon, Cabrera, Manjuel y la teoría de la insurrección hasta las irrupciones técnicas de Althusser y Marcuse. En esta cuerda apareció la revista *Pensamiento crítico*, que desapareció en 1971, precisamente cuando este grupo se disponía a producir una nueva categoría de pensar la sociedad cubana, la objetivación del socialismo y las relaciones con sus contemporáneos. Asimismo, perseguían la fundación de otro arquetipo de intelectual y otros modos de distribución cultural a través de los canales de la enseñanza.

Es sintomático que siendo los primeros tolerantes en economía, hayan tenido una proyección rígida en los ámbitos de la ideología y la educación. Los seguidores, abiertos en materia ideológica y cultural, se han comportado habitualmente de manera radical en los asuntos económicos. Ambas corrientes de pensamiento operaron por vía institucional y se formaron para construir, difundir o apoyar los modos políticos del proyecto social. Por esa razón, puede ser conveniente valorarlas, no sólo desde los rangos convencionales de verdad o falsedad, sino también desde la funcionalidad, dada su manifiesta inserción oficial en los diferentes recintos de distribución del saber.

Ambos podían situar otro punto en la reflexión: la proporción entre totalidad y parcialidad establecida por estos discursos. Ahora consiguieron —y tal vez no podía ser de otro modo por su propia proyección política— reglas tales como, normativas, últimas. Su convertirse a menudo sus éxitos parciales en pauta obligada de totalidad para todo el universo social y urbano y ubicaron su circunstancia “local” en una situación expandida que desbordó indefinidamente cualquier frontera.

Una falsa esperanza de perpetuidad acompañó siempre a los enunciados fundadores. Les cobijaba toda una exclusividad anterior. Las alabanzas bien esguadadas caían de la institución inaugurada. Mas “no hay que devolver el discurso a la lejana presencia del origen, hay que tratarlo en el juego de su instancia”.¹⁰

II. Las posibilidades de articulación cultural, luego de la dinamización ocurrida en los 80, no se encontraron en un artificio armonizador de las fracciones del pensamiento oficial. Otra voluntad reflexiva había crecido lentamente en las polémicas culturales. En consonancia, reparó así al final de esa decada la cuestión sobre el lugar de los intelectuales en el proyecto de la revolución. Esta fue una política que todavía a finales de los 80 —aunque medida por varias razones, entre ellas el transcurso del tiempo— gravitaba en las distintas formaciones del saber (ya que no del sabor) cubano.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.

Luego de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933. Después de los años treinta, el ojo de la cámara de Gerardo Machado, el caudillo oligárquico-liberal derivado en 1933.